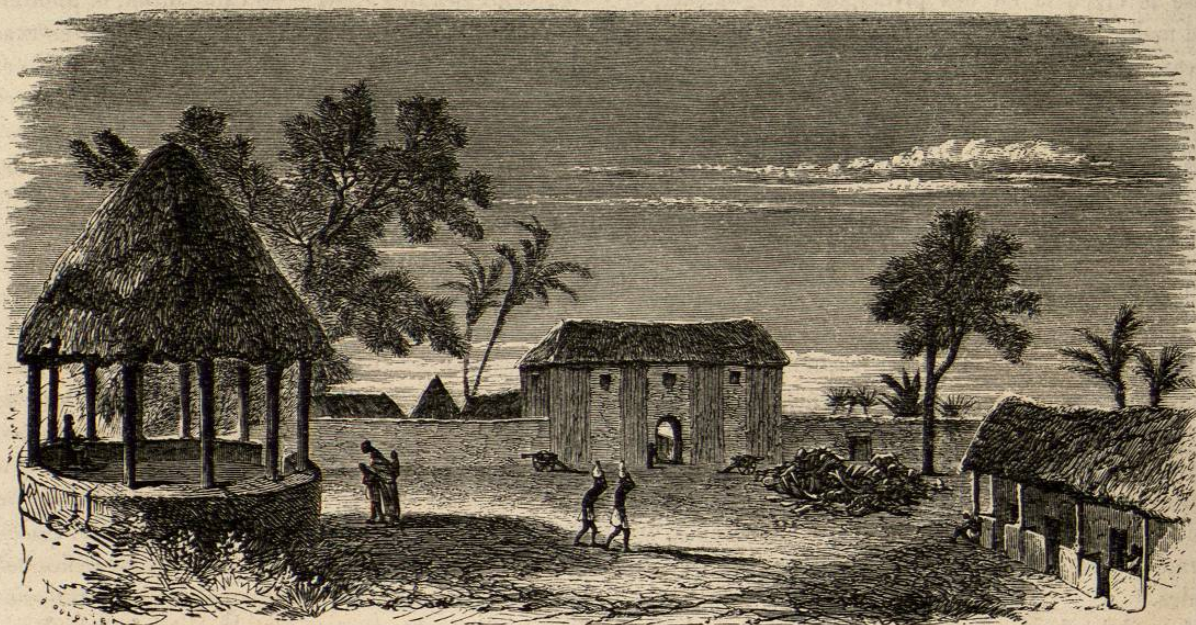


se llega á extraerlo todo entero, el enfermo se cura; pero si se rompe, el accidente puede tener consecuencias muy graves, porque su cuerpo (hasta ahora no se han encontrado en el hombre mas que hembras) está lleno de una multitud de filarios pequeños que quedan en la úlcera. Lejos entonces de haber destruido el germen de la enfermedad, se le ha multiplicado considerablemente, y la inflamacion producida por la presencia de aquellos innumerables parásitos puede ser tan intensa que acarree la muerte. Opinan los naturales que este gusano se traga al beber las aguas estancadas que lo contienen; pero la verdad es que aquellos animalitos, que pueblan en estado microscó-

pico las aguas cenagosas, se adhieren á las piernas desnudas de los negros que las atraviesan, penetran debajo del tegumento, y se desenvuelven allí en seguida, causando los accidentes mencionados.

Los sacerdotes tienen tambien fama de saber preparar brevajes contra la mordedura de las mas peligrosas serpientes, filtros y venenos sumamente sutiles.

Pero ni los mas seductores ofrecimientos ni la promesa de ricos regalos han podido procurarme ninguna de estas preparaciones. Solo he tenido en mi mano algunas flechas que se decian envenenadas, cuyo hierro estaba untado con una sustancia verdosa, como



Vista exterior del palacio real.

un extracto de plantas frescas. Probé una de ellas en un gato, pero á pesar de numerosas heridas y de haber dejado mucho tiempo el dardo en ellas, el pobre animal no presentaba á los dos dias ningun síntoma de intoxicacion, por lo que le dí suelta, y se me figura que estará corriendo todavía. Doy, pues, acerca del particular, muy poco crédito á las relaciones de ciertos viajeros.

Los dahomeyanos no celebran con solemnidad ninguno de los acontecimientos notables de la vida, que en otros pueblos son ocasion de regocijo ó de dolor, tales como el matrimonio, el nacimiento de los hijos, el entierro de los muertos. El negro, cuando quiere casarse, compra su futura esposa á sus padres y se procura de este modo tantas mujeres cuantas desea ó puede mantener. El número de las mujeres que tienen los grandes es algunas veces considerable, y ya hemos visto que el rey las contaba á centenares.

Las dahomeyanas son en general bastante bellas y de mediana estatura. Parecerian muy bien formadas si no tuvieran la detestable costumbre de atarse la túnica encima de los pechos. Tienen el cutis notablemente suave y fino, hermosos ojos, y manos y pies por lo comun pequeños. Su trage consiste en una túnica de algodón ó de seda. Llevan para adorno brazaletes muy pesados de estaño, cobre, plata ú oro en los brazos y en las piernas, collares y cinturones de abalorios y de ámbar, y pendientes de tal modo pesados algunas veces, que se ven obligadas á sostenerlos con un mechón de pelo para que no desgaren el lóbulo de la oreja.

La costumbre de hacerse dibujos en el cuerpo domina poco en Dahomey, si bien se hacen en la cara y mas aun en las piernas pinturas rojas ó blancas.

El jefe de la familia ejerce sobre sus mujeres é hijos una autoridad absoluta, pudiéndolos hasta vender

como esclavos. Fuerza es sin embargo decir que, gracias á la dulzura natural del carácter dahomeyano, estos ejemplos son muy escasos, y por lo contrario, las mujeres y los hijos son tratados con mucha benevolencia. No obstante, los trabajos todos de la casa pesan sobre las mujeres. Ellas son las que, mientras su señor bebe, duerme ó fuma, fabrican el aceite de palma, van á buscar leña y agua, y preparan los alimentos que les sirven siempre de rodillas, sin que ellos las admitan á comer á su lado.

La caza y la pesca son con la guerra las únicas ocupaciones de los hombres. La condicion de los esclavos es muy soportable, siendo difícil distinguirlos del resto de la familia, de cuyos trabajos y placeres participan. No se les pega sino por faltas graves, el robo por ejemplo, á que son muy propensos. Solo al rey pertenece el derecho de disponer de su vida, y entonces se les reserva para las inmolaciones con que se celebra el dia de la horrible fiesta de los *Tributos* (1).



Interior del harem del rey.

En el Dahomey no hay cementerio, y cada cual entierra sus muertos en su propia casa. Yo, con nuestro intérprete habia entrado en Tafoo en la casa de un habitante. Despues de haberse cruzado algunas palabras, el intérprete me dijo que el individuo en cuya casa nos hallábamos habia perdido á su padre el dia anterior. Pregunté dónde le habian enterrado, y él dió con el pie un golpe en el suelo mismo de su casa; pero temiendo haberle comprendido mal, hice repetir la pregunta, á la cual respondió de la misma manera, y entonces el intérprete me confirmó en mi creencia de que los dahomeyanos entierran los muertos en sus habitaciones.

Los dahomeyanos son de pequeña estatura, pero robustos, proporcionados, andarines infatigables y de

(1) Puesto que esta palabra vuelve á mi pluma, voy á dar acerca de ella una breve esplicacion.

Una vez al año los avoganes y los capataces pagan en dia fijo al rey los tributos, en cauris ó en mercancías, que constituyen las rentas de la corona. Su reunion en Abomey da origen á grandes fiestas, análogas á la que el rey nos dió, durante las cuales se distribuyen entre el pueblo y los soldados víveres, aguardiente y la mayor parte de lo que se acaba de recibir. En medio de la sobresciticacion y embriaguez de aquella época de orgía popular se consuman los horribles sacrificios humanos que cuestan la vida á centenares de esclavos, inmolados para conjurar la cólera de las divinidades malhechoras.

una agilidad sorprendente. Causa marayilla ver cómo se encaraman en un abrir y cerrar de ojos, por medio de un cinto de corteza, hasta lo mas alto de una palmera de 60 ú 80 pies de elevacion. Sóbrios por necesidad, su gula adquiere unas proporciones increíbles cuando hallan medios de regalarse á espensas del prójimo. La embriaguez no es en ellos un vicio habitual, pues podrian embriagarse todos los dias con su vino de palma que es muy capital, y sin embargo no suelen embriagarse sino cuando tienen ocasion de beber aguardiente. De un carácter apacible, hospitalario, propenso á la alegría mas expansiva, serian de un trato fácil y seguro sin su irresistible inclinacion al robo. Muy respetuosos hácia sus superiores, no les hablan jamás sino de rodillas, y conservan esta actitud hasta que sus superiores, dando una palmadita, les permiten levantarse y dirigirles la palabra. Cuando se encuentran dos hombres de igual condicion, se saludan dándose la mano derecha y golpeando recíprocamente tres veces con el pulgar los dedos de su interlocutor. Asi es como nos recibia ordinariamente el rey; pero los jefes mas poderosos no se acercan á él sino con las muestras de un respeto bajo, hundiendo la frente en el polvo. Y hasta cuando no está en su presencia, si pronuncian fortuitamente su nombre, ó pasan por delante de algunos de sus palacios, hacen estas manifestaciones de servil baja.

El rey de Dahomey puede con un solo ademán hacer caer bajo el sable del miegan la cabeza mas asegurada en apariéncia, pero no se halla al abrigo de revoluciones palaciegas. El mismo Ghezo debió la corona á una conspiracion militar, elevándole al poder las amazonas rebeladas contra su propio hermano. La sucesion al trono es por órden de primogenitura, pero este órden algunas veces se invierte, si alguno de los hijos del rey ha sabido ganar, en perjuicio del primogénito, el favor de los grandes y del ejército que le colocan por aclamacion en el primer puesto. El peso del sistema gubernativo descansa casi todo en la cabeza del mayo ó primer ministro, encargado por el rey de percibir las rentas públicas y de vigilar la administracion de los jefes. El pais se divide en varias provincias (como, por ejemplo, la de Wydah y la de Ardrah), y cada una de ellas está gobernada por un avogan ó virey. Estos oficiales dependen directamente del mayo, informan á éste de cuanto pasa en su provincia, y toman sus órdenes para conceder ó negar á los extranjeros el permiso de penetrar en el reino. Le han de dar cuenta del producto de los derechos que afectan las mercancías ó el aceite de palma al pasar por las poblaciones en que se hallan establecidas las aduanas reales (decimero, en lenguaje del pais, es probablemente un vocablo de origen portugués), como los que vimos en Allada, en Cana y en Tafoo. Además suministran al rey, cuando

quiere hacer la guerra, el número de soldados que él pide ó que ellos pueden reunir. Estas tropas están mandadas por los cabeceros ó capataces, jefes de una clase inferior, sometidos á los avoganes, y que administran las aldeas de las provincias gobernadas por éstos. Dichos oficiales de segundo órden son sin embargo de nombramiento real, y el rey, como distintivo de su dignidad, les confia los brazales de plata que son insignias que no dejan nunca, y el parasol y el taburete llevados por esclavos delante de ellos cuando salen.

Los tributos pagados por los negociantes extranjeros que quieren comerciar con el Dahomey, y los impuestos que afectan las mercancías constituyen la mayor parte de las rentas del rey desde que la abolición de la trata ha cegado el manantial mas abundante. A dichos tributos debemos agregar el producto de las vastas plantaciones cultivadas por sus esclavos, cuyas cosechas hace vender por individuos que toman el título de *negociantes* del rey, y realizan ordinariamente enormes beneficios. Además, la caza de los elefantes, hecha por las cazadoras de la guardia, le suministra abundancia de marfil, y las expediciones emprendidas de cuando en cuando contra los pueblos vecinos le permiten procurarse esclavos á poca costa. Todo eso sirve para mantener á las amazonas y mujeres del serrallo, y para ser generoso con el pueblo el dia de las fiestas. Cuando los gastos exceden á los ingresos, lo que puede suceder hasta en los presupuestos de los paises mas civilizados, el rey recurre sin ningun escrúpulo, bajo la forma de empréstito forzoso, á la bolsa de sus avoganes ó de sus *negociantes*, de quienes sabe que se han enriquecido demasiado, siéndole esto tanto mas fácil cuanto que las grandes sumas en cauris no se ocultan fácilmente. Este fue precisamente el racionio con que nos contestó Ghezo un dia, al hacerle observar que deberia utilizar las minas de plata de las montañas del Kongo para acuñar moneda.

Cuando el rey ha resuelto alguna expedicion guerrera, cada gobernador de provincia ó avogan está obligado, como he dicho, á suministrarle un contingente mandado por capataces. Estas tropas se reúnen en Abomey ó en el punto que el rey designa. Terminada la guerra, cada cual vuelve á sus habituales ocupaciones, esceptuando un corto número de hombres que quedan de guarnicion en las *casas reales* ó que forman la guardia particular de los avoganes y de los principales capataces. No hay, pues, propiamente hablando, en Dahomey mas ejército permanente que el de las mujeres. Las amazonas se alojan en los palacios del rey, el cual las mantiene ricamente, y ellas pasan allí el tiempo bebiendo, fumando y bailando. Están, no obstante, sometidas bajo la autoridad de la generala en jefe y la vigilancia del tolonu, á

una disciplina severa. El ejército dahomeyano carece absolutamente de caballería. Los caballos resisten muy mal aquel clima, y mueren pronto. Asi es que solo el rey posee dos ó tres en muy mal estado, como objeto de pura curiosidad, pues no monta nunca. La artillería no sirve sino para los regocijos públicos, pues seria imposible por aquellos senderos que son apenas suficientemente anchos para que pueda por ellos pasar un hombre, y asi es que los dahomeyanos ni siquiera tienen proyectiles para sus cañones. Están armados de fusiles, flechas, azagayas y sables, pero se sirven muy torpemente del fusil, que lo disparan sin apoyarlo en el hombro, esceptuando las cazadoras de elefantes. En cambio, manejan bien la azagaya, especie de lanza de unos 8 pies de longitud, de mango muy ligero, pues con toda seguridad á 40 ó 50 pasos de distancia las clavan en el tronco de una palmera. El ejército en campaña vive del merodeo en pais enemigo, sequeándolo completamente; sus expediciones son verdaderas razzias de ganados y de hombres que, despues de la victoria, se reparten entre el rey y los principales jefes.

La justicia está administrada por los gobernadores de las provincias ó los capataces, por lo que atañe á los delitos ordinarios; pero los que se penan con la muerte quedan sometidos á la decision del rey. Cuando los jueces están perplejos, recurren algunas veces al procedimiento que en la edad media se llamaba en Europa *juicio de Dios*. Se practica de dos maneras: haciendo beber al acusado un cocimiento de cierta corteza, que acaso sea la del *casca*, que abunda mucho en aquella costa y goza de propiedades vomitivas muy enérgicas, que conocen los sacerdotes y esplotan como un secreto. Si el acusado resiste la pócima sin vomitar, es reconocido inocente, y en el caso contrario, culpado. Esta prueba, que debemos confesar que es poco concluyente, es reemplazada alguna vez por la siguiente que no lo es mas: se enrojece al fuego el hierro de una azagaya, y el acusado pasa tres veces rápidamente la lengua por el metal candente. Si no se quema, es inocente. Un dia fui testigo de un juicio de este género. El paciente era un esclavo acusado de robo. Horriblemente martirizado, recibió para colmo de su dicha una vigorosa paliza. Los palos son el castigo que mas ordinariamente se impone á la gente de baja ralea. En cuanto á los ricos y á los jefes, se les castiga con multas, confiscacion y privacion de su dignidad. El encarcelamiento no se conoce, y por consiguiente no hay en Dahomey ninguna cárcel.

Entre los crímenes que se castigan con la muerte, está el de conservar relaciones culpables con las mujeres del rey y hasta con las amazonas. Los dos culpables sufren la misma pena, cuya ejecucion se reserva por lo comun para la fiesta de los *Tributos*.

Parece que algunas veces ha sucedido que individuos condenados á consecuencia de denuncia de algun jefe, en el momento de ir á ser inmolados á la vista del rey, se han aprovechado de este instante supremo para protestar de su inocencia, y se han salvado. Pero el mayo, para poner coto á este abuso que, segun él decia, turbaba la ceremonia, ordenó hace algunos años que los condenados fuesen conducidos con mordaza á la casa de los sacrificios, y asi es como consiguió que ya no hubiese mas reclamaciones. Quien ejecuta estas sentencias sin apelacion es el miegan, especie de compadre Tristan de aquel Luis XI de ébano. El miegan no se presenta jamás delante del rey sin el enorme sable de que hemos hablado, que tiene un gallo de metal cerca de la punta para aumentar su peso, y que es á la vez insignia de su cargo é instrumento de sus sangrientas ejecuciones. Despues de la ejecucion, la cabeza del ajusticiado, separada del tronco, se cuelga de escarpas de hierro de que se hallan erizadas las paredes del recinto de la casa real. ¿Y qué se hacen los cadáveres? He dirigido muchas veces esta pregunta á dahomeyanos de distintas condiciones, y nunca he obtenido una respuesta categórica. No creo, sin embargo, que los dahomeyanos sean antropófagos. La sangrienta tragedia que se representa todos los años durante la fiesta de los *Tributos* no tiene mas objeto que la satisfaccion de ese instinto innato de crueldad, que lleva á la mayor parte de los niños á atormentar á los seres mas débiles que ellos y que se encuentra en estos pueblos que viven en perpetua infancia. Podria, sin embargo, suceder que presidiese alguna idea supersticiosa á la consumacion de estos restos y que sirviesen para ciertos secretos y repugnantes agapas; pero, lo repito, no tengo acerca del particular mas que sospechas que han hecho nacer en mi ánimo las vacilaciones y confusion de los negros á quienes he interrogado.

Vastos bosques, en que domina la palmera, cubren casi enteramente la parte del Dahomey, situada entre Abomey y el mar. Solo alrededor de las principales poblaciones hay algunas llanuras cultivadas; pero despues de haber pasado la Lama y ganado las pendientes que forman sus berges y ribazos, cuando se llega á la meseta en que están situados Cana y Abomey, la escena varia completamente. Se descubren vastos llanos, con ligeras ondulaciones, sembrados, especialmente en las avenidas de las poblaciones, de bosques, de palmeras y otros magníficos árboles. Tan pronto desaparece el viajero como sumergido en las altas yerbas de la pradera, como atraviesa campos de mijo, de yuca, de batatas y de maiz. Los terrenos pantanosos quedan reservados á la produccion del arroz, que con la harina del maiz y el casave, constituye el alimento habitual de los

negros. La carne es allí escasa, porque la cria de ganados no entra en los hábitos agrícolas de un país en que el estiércol sería inútil, en atención á que la tier-

ra sin abono alguno da el céntuplo de lo que se siembra. Por lo demás, no se esporta ninguno de sus productos, y el aceite de palma alimenta solo el comer-



Funerales del rey.

cio de Dahomey, país en que el marfil y el oro son menos abundantes que en otros puntos de la costa occidental de Africa. Debemos añadir que este artículo da origen á transacciones de grande importancia que permiten realizar á los que á ellos se dedican

beneficios verdaderamente extraordinarios. Podría citar alguna casa francesa en que se cuentan por millones. No hay quien no sepa que este aceite proviene de los frutos de la palmera oleosa (*Elaeis Guineensis*), de que lo extraen los naturales triturándolos imper-



Sacrificios humanos en Dahomey.